

QUINCE DE OCTUBRE EN TAXI

¡QUE bien vamos!, le dije al taxista, se diría que estamos en pleno agosto de lo despejada que está la calle.

—Es que es día quince, me respondió él, si quiere hacer usted alguna gestión en Madrid déjelo para el quince al veinticinco, y ya verá lo rápido que circula, es cuando a la gente se le acaba el dinero para la gasolina.

Y es que cada época tiene su picaresca y la era tecnológica ha superado la picaresca de los cinco duros, pero ha sido para caer en la de la gasolina. A nivel de presidente de la república o emperador se cae en la picaresca de las divisiones acorazadas o de los empréstitos del Banco Mundial, pero, en el fondo, todo viene a ser lo mismo.

El tecnócrata español incipiente que sólo tiene dinero para comprar gasolina medio mes viene a ser, más o menos, como aquellos burgueses de Gianbattista Vico que, según cuenta éste en sus memorias, «tiraban del coche de caballos con las tripas», porque el problema es lo mismo: tener coche cueste lo que cueste, aunque sea a costa de ir medio mes en autobús.

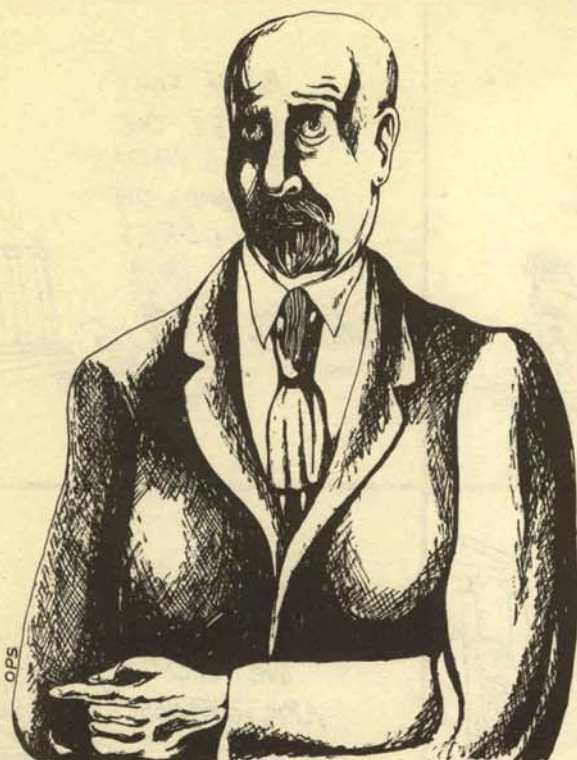
Cuentan de Truman Capote que, ha-

blando con cierto escritor español cuyo problema (corrían los años cincuenta) era con qué comer mañana, le contó que, estando él muy mal, pero que muy mal de dinero, no tuvo más remedio que coger la máquina de escribir, irse a una casita que tenía en la costa con una docena de botellas de whisky y dos kilos de bocadillos de queso y ponerse a escribir una comedia a marchas forzadas. ¡Alto ahí!, le dijo el español, no acepto su afirmación, porque tenía usted la máquina sin empeñar y la casita costera sin vender, y además le fiaban aún el whisky y los bocadillos.

—No, replicó Truman Capote, no me los fiaron, los pagué en metálico.

Aquí se produjo una crisis total de comprensión mutua, pero es porque no dieron con el quid de la cuestión: ambos estaban con el agua al cuello, pero a niveles distintos. El problema de Truman Capote era seguir viviendo bien y el del escritor español seguir viviendo a secas.

A nivel de tecnócrata español incipiente el problema del vivir a secas, o a húmedas, está superado, pero el de la gasolina a partir del día quince resulta buen sustituto. ■ PARDÓ



LA PENULTIMA IDEA SOBRE EL CAMBIO

ESPERANDO, que es gerundio, su santo advenimiento. Cada uno modelando su idea de cambio con objeto de conseguir una plaza al nuevo sol, o a la sombra del sol. Genio de comediantes, paradoja de payasos, recomposición de virgos históricos, retirada de los contextos, renacimiento de entre las propias cenizas biográficas. Bochornoso espectáculo de tantos que parecen estar a punto de conseguir la verdad por la que otros sufrieron a su costa. Hora de travestidos políticos, de súbditos nostálgicos de la democracia democrata, de la libertad libre, de las elecciones electorales, del regionalismo regional. De vez en cuando se interrumpen en su trabajo para musitar: «No entiendo esto.» Y luego siguen, porque no se trata de entender, sino de sobrevivir. Se conocen su papel de memoria, el modo de buscar posición, de tender las redes, de modificar el diapason de la voz, de actualizar su mimica, de disociar, de disolver, de combinar, de reencarnar. ¡El cambio! Palabra mágica que se desliza furtivamente hasta el corazón de los que meramente esperan, de los que no tienen motivo alguno para cambiar. Porque esta es otra. Aquellos a quienes no les hace falta cambiar, terminarán por sentirse humillados y preteridos, y pasarán a ser otra vez, o continuarán siendo, los desterrados. «¡Ahora nos toca a nosotros!», se les oirá decir por valles y collados. Pero inútilmente. Los del cambio, los que por fin se dieron cuenta, los próceres de la evolución interior, los héroes de su propia conciencia, los gloriosos penitentes de su propia culpa, volverán a tomar las riendas. Y los que no tuvieron que evolucionar, los que no traicionaron nunca su conciencia, los sin culpa, no les quedará más remedio que seguir oyendo recitar «El Piyayo» por la televisión. ¡El cambio! ¿Qué noción, qué concepto, qué imperativo categórico, qué evidencia histórica! Pero, ¿por qué quieren ganarles por la mano a los acontecimientos? ¿Por qué se convierten en profetas de lo inevitable? Para que no cambie nada. ¿Verdaderamente quieren ustedes cambiar? ¡Pues váyanse! Ustedes quieren cambiar para seguir amando a España mientras otros muchos cumplen la tarea física de sostenerla y trabajarla. Tienen ustedes una idea espacial, acrobática del cambio, son ustedes unas pulgas políticas de muchísimo cuidado. Es a ustedes a los que hay que cambiar, no ustedes a nosotros. A ver si nos entendemos. ■ LICANTROPO

